

## LA CASA ALTOARAGONESA

NOTAS DE EXCURSIONISTA.

(Continuación.)

La casa rural es de sencillo aspecto: puerta de grandes dovelas, galería ó balcón corrido sobre la puerta, techumbre á dos vertientes muy pronunciadas, con cubierta, no de tejas, que para nada valdrían aquí, sino de grandes lajas de pizarra ó pequeñas losas en gradación. Huecos de luces escasos y pequeños, cuando no hay ventanales con mainel, frecuentes en esta zona.

En el interior difieren muy poco las casas en el Alto Aragón: patio empedrado, dando entrada á la cuadra; depósito para el heno, bodega, pilas de aceite y grano para el uso, escalera, con reja de cierre en las casas de cierta importancia, pieza-recibidor en donde comen los criados durante el buen tiempo; al lado, gran cocina con campana de mucho vuelo y *cadieras* ó asientos de madera, de alto respaldo, con mesita movable para poder comer junto al hogar; recocina, ó pieza relacionada con la anterior, despensa, etc. Al otro lado del recibidor una salita, y á continuación el gran salón de honor de la casa (si es rica) ó saleta de recibir, en los que no es raro hallar todavía muebles de época (siglos xvii y xviii), retratos de familia, alguna arquimesa, gran brasero, etc., pese á los afanes de especulación de los chamarileros. Esta sala ó salón tiene generalmente dos alcobas de respeto para huéspedes.

Propiamente no hay comedor, á no ser en casas ricas. Para el verano se escoge la recocina ú otro aposento fresco, y en el invierno se come junto á la chimenea. Hay otras piezas, como dormitorios, etc., grandes armarios para la ropa blanca, de notable abundancia según la importancia de la casa, fabricada en el pueblo mismo. *Masadería* ó aposento para cerner y amasar la harina; horno en muchas casas. Sobre este piso suele haber otro, de menor altura, en el que hay más alcobas, granero, cuartos de desahogo, etc. En casas de esta zona no es raro ver patios descubiertos, con entrada á departamentos que en otras están en el patio ó en la escalera, y á la capilla ú oratorio (en casas de cierta importancia). Gran corral, con sitio especial para el ganado lanar y leñera con provisión abundante.

El material de construcción es la piedra, exclusivamente, de pequeños sillares ó de mampostería ordinaria. ¿Y no es ésta, poco más ó menos, la casa románica, tal como ha podido deducirse de los restos que quedan y de las noticias documentales? (1). «Los capiteles románicos—dice Puig y Cadafalch (2)—nos han conservado alguno que otro ejemplar en que se reproduce en forma esquemática la casa que en su tiempo podía contemplar el escultor.» En el Alto Aragón quedan elementos visibles de casas románicas, reducidos á puertas y ventanas en edificios muy modificados interiormente, en los que se han abierto después nuevas ventanas (Torla, Ainsa, Bielsa, etc.). En esto ha estribado la transformación de la casa urbana, que, por lo demás, siempre continuó siendo la románica, en cuanto á distribución, método constructivo, etc. Es el fenómeno de permanencia de esta forma, que se realiza en todos los edificios civiles, ciudadanos y rurales, palacios y casas. Las formas románicas pueden deducirse, pues, de las del siglo xiv, más abundantes, aunque, como digo, no en las zonas altas de la provincia, en que el arte gótico ha influido poco.

Se caracteriza esta casa románica por el gran portal de dovelas más ó menos largas, y la ausencia de otra abertura en la planta baja (3), (Torla, Hecho, Ansó, et-

(1) En Cluny se conservan ejemplares del tipo de casa francesa del siglo xii (como en Cataluña, en España). En el piso superior estaba la sala con ventanas con arcadas á la calle, una alcoba y otra escalerilla para subir al desván. Las fachadas solían ser de piedra, las cubiertas de tejas, con grandes aleros volados.

La decoración interior de las casas de la Edad Media era muy sencilla, reservándose el lujo para los castillos feudales y los palacios de los señores.

(2) Est. cit.

(3) Las aberturas que hoy se ven son posteriores y, desde luego, modernas.



cétera, etc.); solamente aspilleras ó saeteras para la defensa (en Lecina, verbigracia, zona subpirenáica, las hay á entrambos lados del portal, y matabán encima, en la casa Carruesco, sita en lo alto del lugar). La parte noble está en el primer piso, ornado por rasgados ventanales (el gran salón de las casas altoaragonesas antiguas).

El ancho de los cuerpos de la casa lo determina la longitud de las vigas de techumbre, traídas de los montes pirenaicos vecinos.

La casa se compone de uno, dos ó tres cuerpos, y entre sus paredes se instalan las dependencias que informaron la sencilla vida primitiva románica, que en nada difiere de la que aún siguen estos montañeses del Alto Aragón, en sus costumbres patriarcales. La planta baja, ya hemos dicho que es destinada á almacenes, establos y depósitos, y la vida se hace en el piso primero. Las dependencias especiales son bien pocas; la idea de distribución que más recuerda la casa antigua románica es la de estas casas rurales pirenaicas, con su gran cocina-comedor, su sala para relacionarse con el exterior, sus dormitorios, á veces con salas para las señoras (en casas solariegas del Alto Aragón es frecuente este departamento—gineceo—y en el siglo xvii aún lo tenía la gran casa de Lastanosa, de Huesca), y sus lugares escondidos y trampas para huir en caso de necesidad (v. g., en Ainsa). Documentos de los siglos xi y xii citan entre las dependencias la cocina, el patio y los silos, los pisos y los desvanes; lugares estos típicos en las casas altoaragonesas, constituyendo el último piso, bajo la techumbre (ésta no es, en su forma de doble vertiente, muy pronunciada, más que la de la *villa romana*).

Había casas de distribución algo más complicada, en las que las habitaciones se agrupaban en torno de un patio. En Benasque la recuerda la casa de D. Marcial Río, como en Bielsa y en Plan.

Afirma Puig y Cadafalch (1), que el estudio de las ventanas basta para encontrar las diversas formas que hay, desde la casa del período ojival á la casa romana, estudio no difícil, pues restos de ventanas es justamente lo que se conserva de las antiguas casas. En la zona de que trato, vemos con frecuencia considerable ventanales románicos, estrechos y pequeños los más primitivos, como en Hecho, Ansó, Torla, Ainsa, etc., y ello corrobora mi aserto de la notable supervivencia de la arquitectura rural románica en la parte N. del Alto Aragón. Por lo demás, la casa rural escapa al arte de los arquitectos. Es el primitivismo constructivo, la tradición, el que impera.

Son pueblos muy típicos en esta zona Hecho y Ansó; de caserío abigarrado con techumbre puntiaguda; parecen pueblos románicos con toques cuatrocentistas, en Ansó, por la típica vestimenta de las mujeres: túnica ó sayón verde con canesú muy alto, mangas blancas, bombadas y gorguera rizada, muy ancha. El cabello recogido en dos trenzas, que colocan en forma de aureola, y pañuelo rameado en la cabeza. Tiene este traje variantes, según los días y la solemnidad de los actos. Los hombres visten el traje aragonés con alguna variante y sombrero de medio queso, con cintas colgantes, que rematan en borlas. He estudiado con detención los trajes típicos de Hecho y Ansó en la revista barcelonesa *Estudio* (número de Mayo de 1918), por cuya razón no repito aquí lo que allí digo, y por no hacer muy al caso.

Parecen tipos arrancados de tablas flamencas.

Es vestimenta de reminiscencias ibéricas y cuatrocentistas, muy seria y elegante. En Ansó la llevan bastante las mujeres, no así en Hecho (el traje ofrece pequeñas diferencias, puros detalles; el peinado, sí), en donde su uso se va perdiendo. Admira la estatura y el vigor de estas gentes, hechas al frío y á los ejercicios duros.

Refiriéndose al aspecto ancestral de estos pueblos, dice Navarro Ledesma que es grato ir á veranear á ellos, «tomar el fresco de los siglos que no han pasado, sino que se quedaron detenidos, reposados en un valle del Pirineo altoaragonés, vivir y ver cómo se vive bajo un régimen de primitiva y patriarcal inocencia,

(1) Est. cit., pág. 1.050.



entre enormes peñascos que la Naturaleza fabricó para que unos cuantos hombres y mujeres, discretos y sabios, permaneciesen allí encerrados, lejos del vano ajeteo mundanal, libres de las molestias del trato humano, despreciando los usos recientes y los advenedizos pensamientos y las extranjeras formas del lenguaje».

Por creerlas gráficas y atinadas, transcribo aquí las impresiones del escritor aragonés José García Mercadal, hablando de Ansó:

«Esto es cuanto el viajero encuentra en Ansó, donde parece haberse ido refugiando lo pintoresco, á medida que las nuevas orientaciones iban borrando de sobre la tierra llana toda huella de las costumbres ancestrales.

En la margen izquierda del río Veral, señoreando una loma cercada de montes elevados, próximamente tres centenares de casas constituyen la cabeza del valle; las casas conservan su viejo carácter, y si el alcalde pudiera sentir con los mismos deseos que el turista, no tardaran en rendirse al golpe de una piqueta purificadora hasta media docena de casas modernas, salidas á nuestro encuentro mientras hureábamos los rincones todos de tan enrevesado caserío.

Ya el escenario nos impone un retroceso á tiempos de leyenda; mas si algo faltaba para que pudiéramos creernos en pleno siglo xv, vuelta una esquina sorpréndenos el ambular reposado de unas severas figuras, de imprecisas formas, envueltos los cuerpos en amplios briales de verde y tosca bayeta, como colgados bajo las axilas, de donde arrancan las mangas abullonadas de la blanca camisa, y contorneando el cuello la airosa gorguera que ofrece asiento á las gentiles cabezas, cubiertas con cofias que recuerdan algunos tocados vistos en tablas de los primitivos flamencos.

Todas estas mujeres cubren sus cabezas con pañuelos blancos ó floreados, y al advertir nuestra presencia, con un ademán que recuerda el de las hijas del Profeta, cubren rápidamente su boca, cuando no con las puntas del pañuelo que cuelgan por ambos lados de la barba, con la mano puesta de plano sobre el broche cerrado de sus labios.

A poco de penetrar su caserío y dar varias vueltas entre toscas viviendas, desde cuyas ventanas ó entreabiertos portales avizoran nuestro desfilar curioso abiertos ojos sagaces, tropezamos con la iglesia, ante la cual avanza un cuerpo de edificio formando la antesala del templo, circuido por tres arcos, dos de los cuales aparecen cerrados por rejas, mientras el tercero ocúpalo una puerta de hierro.

Penetramos en la iglesia y apenas si acertamos á descubrir sus altares; tan espesas son las tinieblas que reinan en la espaciosa cruz latina de su planta.

Ya en la calle, nos sorprende á los pocos pasos la palabra *cine* rotulando el montante de una puerta; no podemos menos de rechazar aquella invasión del modernismo, por cuya brecha acaso se escurran, amengüen y desaparezcan lo pintoresco de los trajes característicos, la sencillez de los usos tradicionales y hasta la austeridad del noble patriarcalismo ansotano.

Unos pasos más, y hemos llegado á la plaza del pueblo, en uno de cuyos frentes se alza el tosco edificio de las Casas Consistoriales, con sus tres arcos bajos formando caprichoso soportal (1); y frente á ellos, en el centro de la plaza, una fuente de hierro formada por una recia columna, en cuyo final se lanzan al aire los brazos de unos soportes con bombillas de luz eléctrica.

Un grupo de caballerosos ansotanos nos cede el descanso de unos bancos y damos por bien empleadas cuantas fatigas llevó consigo el viaje, al contemplar con ojos atentos el pintoresco escenario que rodea nuestra desatada curiosidad de recién llegados.

Diríase hallarnos en un Nuremberg rústico. Ante aquella serie de humildes viviendas, todas distintas, cada una de las cuales muestra una fisonomía especial, vienen á nuestra memoria las fotografías por las que hubimos de conocer el aspecto

(1) Ya no se conserva. La han demolido para levantar otra. —(N. del A.)



de pueblos lejanos, cuyas construcciones parecen responder al mismo espíritu que alentó en los primitivos fundadores de Ansó.

Porque, no cabe duda, estas casas que delante de nosotros se alzan pertenecieron á los aborígenes de este pueblo patriarcal, y de ellos fueron pasando, generación tras generación, sin apenas modificarse, hasta sus actuales propietarios. Sus fachadas harían la fortuna de un pintor escenógrafo: tal es el aspecto que adquieren bajo la desfalleciente claridad crepuscular; que entornados los ojos es completa la ilusión de estar sentados en una butaca de primera fila y recién alzado el telón, teniendo ante nosotros los bastidores de una de esas plazuelas de un viejo burgo flamenco; de un momento á otro esperamos la presencia del paisanaje, confiado y tranquilo, por no haber conocido todavía las bizarrías soldadescas de los tercios del duque de Alba.

Junto á las puertas, reposando en bancos de piedra, recios tipos de la raza montañesa aparecen en posturas indolentes, como fatigados de no haber hecho nada. Es la impresión que producen con sus actitudes desmayadas, expectantes, mientras unas mujeres cruzan en busca de la fuente, con sus herradas sobre la cabeza ó apoyadas en el cuadril, y otras desfilan viniendo de las eras, escondidas sus cabezas bajo el promontorio de las grandes sábanas llenas de pajas, ante sus dueños y señores, pachorrudos espectadores de la laboriosa actividad femenina.

Las puntiagudas techumbres de las viejas casucas delinéanse fuertemente sobre el cielo, orgullosas con el empaque presumido de sus chimeneas, de entre cuyas caprichosas torrecillas despréndense volutas de un humo tranquilo, nada impaciente en elevarse y desaparecer.

Una estrella titila en la plateada techumbre. Un gato ronronea en torno á la fuente, jugueteando con unas chicuelas. Por un lado de la plaza cruzan dos mulos, haciendo chacolotear sus herraduras al rozar los puntiagudos guijarros.

Y á medida que la noche avanza, que las sombras se tienden sobre las callejas y el misterio cae sobre el pueblo, crece y crece su belleza primitiva, y las severas figuras de los amplios briaes se adueñan de nuestro espíritu, que se aletarga y adormece viendo pasar el tiempo á contramarcha, empujado por aquellas mujeres misteriosas, que parecen despertar de un sueño de siglos.

Ya de noche, el pueblo es monasterio, claustros las calles, cirios las adormecidas bombillas, figuras monacales cuantas entre sombras se deslizan, y de la tierra asciende al cielo, como un perfume, cual suave emanación, los aromas imperceptibles de una delicada y enervadora espiritualidad.»

En Hecho, aunque el caserío no difiere del de Ansó, no hay tanta evocación, porque, repito, las mujeres apenas llevan ya el traje secular y típico. Doy dos fotografías de casas *chesas*, en las que se ven ventanas ajimezadas, muy frecuentes — como he dicho — en la zona pirenaica.

Lo mismo aquéllas que las cuadradas son modificaciones góticas de última época, de aberturas románicas (1).

Hecho y Ansó son pueblos ricos, á favor de sus extensos prados, propicios al *recrió*, y sus hermosos bosques, en los que hay abundantes ejemplares de dimensiones y antigüedad peregrinas.

TORLA es también un pueblo antiguo y típico de montaña, avanzada, asimismo, de la frontera francesa, y antesala del estupendo valle de Ordesa, el *Paraíso de los Pirineos*.

Las calles empedradas, están formadas por un caserío irregular. Es muy notable la casa de *Viu*, prototipo de las grandes casas solariegas montañesas. Balcón corrido sobre la puerta; galería que da á la cocina; enorme hogar; salón con artesonado; armario de talla empotrado en la pared; cornucopias y sillones de nogal torneado. El pavimento (es detalle digno de atención) lo forman grandes losas de

(1) Lo propio puede decirse de algunas puertas de entrada.



piedra, que dan al salón aspecto extraño y severo. Es de notar, que, á pesar de la destemplanza del clima, no hay apenas en esta montaña pavimentos de madera, como en otras regiones del Norte.

He aquí qué pintorescamente describe Mr. Lucien Briet la casa de Víu, en su libro *Bellezas del Alto Aragón* (Huesca, 1913), pág. 131:

«La única posada de Torla que invariablemente recomiendan los guías á los excursionistas, pertenece á una antigua y noble familia del país, que la explota, y de cuya «infanzonía» algo hemos de decir. Ha más de un siglo que Pické hacía ya constar que «en esta región fronteriza, desierta y desprovista de toda clase de comodidades, gentiles hombres que tenían su árbol genealógico en el comedor y su escudo de armas hasta en los canalones de la casa, no se desdeñaban en descender al oficio de posadero para servir á los extranjeros que por el lugar pasaban». Con su aspecto de morada señorial de aldea, la casa de Víu produce siempre profunda impresión en los que no conocen á España; es una cosa nueva para ellos. El patio en que desde luego penetráis, de forma irregular, está rodeado de construcciones edificadas en distintas épocas, como claramente se observa; además lo indican las inscripciones grabadas en la piedra. Bajo una ventana se lee: «1689, Juan Bautista de Víu», nombre que reaparece en la parte superior de una portada, al lado opuesto, con la fecha de 1707. Los marcos de puertas y ventanas están blanqueados con cal, medida de precaución tomada contra la invasión de las hormigas; el resto ha tomado el matiz pardo dorado de lo antiguo, es el color del rostro de un antepasado guerrero envejecido bajo los arneses.

»Las gallinas picotean aquí y allí; nada más rústico. El remate de las puertas se redondea en arcada; en los ángulos en que ha hecho falta se utilizó la piedra tallada; en algunos huecos de puertas ó ventanas hay molduras. A la izquierda se ve una ancha galería abierta, á modo de cobertizo. Cerca de la entrada se adosa al muro un banco de piedra; sobresale un balcón de hierro forjado; en el segundo piso hay una inmensa ventana resguardada del sol por un alero; en fin, el tupido follaje de un bosquecillo de fresnos y nogales sube á más altura que el tejado. La madera se amontona bajo el cobertizo, y allí también se encuentran los trozos de pinos, que dan las astillas resinosas, las teas, que sirven de bujías económicas á los montañeses de Aragón.

»En el piso bajo no hay más que un salón vacío. Un cartel medio borrado indica allí el despacho del Administrador D. Julián J. Urdániz, á quien hay que pedir un pase ó guía cuando se llega con una caballería, á fin de no encontrar dificultades cuando se regresa y hay que volver á pasar de nuevo el puerto. Se sube por amplia y suave escalera, de historiado pasamano, bien señorial por cierto. En el primer piso, un vestíbulo, también de grandes dimensiones, da entrada á varias piezas. Bajando un escalón se penetra en la sala principal, adornada con pinturas al fresco, que en cualquier otro sitio no llamarían la atención. Plantas, pájaros, lámparas antiguas, alternan con castillos encaramados en las rocas; se ven torrenes que caen desde lo alto formando cascadas, oriflamas que flotan en el aire, grullas que vuelan llevando una serpiente en el pico; no faltan las armas del propietario en ese pomposo decorado, ya algún tanto maltrecho por la edad. Las vigas del techo se apoyan en repisas labradas como modillones; esas repisas coronan pilastras imitadas, y hay estrellas azules en los pequeños artesones que forman los intervalos.

»Losas de diversos tamaños sirven de pavimento. Hay dos armarios empotrados en la pared, uno frente al otro; uno de ellos está adornado con flores esculpidas. Penden de los muros cuadros antiguos; bajo cristal aparece la genealogía de los Víu; una bacía de cobre, el yelmo de Mambrino, acaso, cuelga detrás de la puerta con una servilleta blanca. Mesa de pies retorcidos, sillas comunes, sillones de madera. Doble puerta cierra una alcoba con dos camas. Desde el saliente balcón de esta sala apenas se ve otra cosa que el patio, salvo si se mira á la izquierda, por



donde por encima de las tejas aparece el Barranco de Diazas, abierto entre pendientes cubiertas de bosque.

»En la alcoba de una pieza adyacente hay un baldaquín de madera dorada, tan interesante como el coronamiento de figuras grotescas sobre la puerta que da paso á esta habitación. En suma, todo esto es tan curioso, tiene tal aire de grandeza, que bien se concibe cómo Joseph Prudhomme pudo quedar extasiado al verlo....

«¡Qué alegres danzas han conmovido, desde hace una treintena de años el sólido piso de la sala de honor de los Víu! A la llegada se traba conocimiento con el Administrador, el Cura, el oficial de la Aduana, etc., todos muy agradables compañeros; se organiza enseguida un baile, una fiesta cuyo color local acaba por marearle á uno, hasta el punto de no poder tenerse en pie. El canto gangoso de la jota se mezclaba con el sonido de las guitarras y las castañetas que hacían con los dedos. Llamaba la atención ver bailar al cura; pedíase chocolate tras chocolate; se comía pollo guisado en salsa amarillenta con azafrán y aromatizado con canela; decíanse horrores de la cocina en que se usa el aceite; se encontraba «esta hospitalidad, aunque había también que pagarla, menos vulgar que la de los posaderos franceses, y nadie se hubiera atrevido á marchar sin haber ofrecido sus respetos y expresado su gratitud á los dueños de la casa». Se pasaba revista á todo cuanto había de extraordinario en las diversas habitaciones. Por la noche se iba á la cocina, á entrar en calor en torno del enorme hogar y bajo la fenomenal campana de la chimenea. Hubo época en que la casa de Víu poseía algunos objetos antiguos, pero los turistas coleccionadores la han ido despojando poco á poco, ofreciendo, cuando era preciso, buenas sumas por las antigüedades que querían llevarse; así es que todo ha desaparecido, loza, cobres, hasta las tenazas del fogón. Ya no queda á esas buenas gentes más que algunos cuadros en su capilla, así como un soberbio cáliz de plata con las armas de la casa, del que á ningún precio quieren desprenderse, porque además de la capilla de la iglesia parroquial, los Víu poseen otra en su propia casa, cuya puerta, que se abre bajo un nicho vacío, fácilmente se distingue entre las demás del patio.»

Es muy interesante la plaza de la Constitución, por una casa cuya fachada no ostenta más que dos portalones reducidos, de arco circular muy rebajado, y dos simétricos ventanales con parteluz, característicamente románicos. La cubierta, de lajas pizarrosas. Es un precioso ejemplar de exterior románico del siglo XII.

Sobre la puerta de una casa hay un relieve de la Virgen, y un rosario alrededor. Junto á la iglesia hay otra casa que ostenta una ventana gótica del último período, mainelada. Trátase de una modificación, sin duda. La puerta es de dintel plano.

Doy dos fotografías de casas de Torla: la de Víu y otra con ventana mainelada, románica. La otra ventana es gótica.

Hay detalles interesantes en escudos de armas, puertas, etc.

FANLO es pueblo cercano á Torla, muy empinado, en el que hay casas con mobiliario antiguo muy curioso. Acompaño la fotografía de una casa solariega, rica, pero sencilla y severa, á estilo montañés. No lejos está FISCAL, en la ribera del río Ara, cuyo caserío se aglomera en torno de un antiguo torreón que conserva las almenas. Las casas se hallan, la mayor parte, enlucidas de yeso.

De la rústica aldea de ESCOÍN dice el citado hispanista Briet (1):

«Hacia uno de los lados hay muchas edificaciones, y una de ellas forma una casita pintoresca. Falta de blanqueo, deja al descubierto los materiales dispuestos sin orden ni regularidad, como el Castillo Mayor, y el paisaje se muestra ruinoso ante el viajero; esta villa, bajo la pátina rosácea indeleble que la obscurece, parece destruída y ruinoso por la vejez. Las chimeneas están manchadas de humo; un

(1) Ob. cit., pág. 218.



patio precede á cada casa, escalonándose las once que constituyen esta aldea en tres grupos, estando en el centro del último aquella en que invariablemente se hospedan los pocos extranjeros que han visitado esta comarca.

»Piedras planas de gran tamaño y mucho más fuertes que las que se utilizan como tejas, forman el piso del patio de la casa de Jacinto; la vivienda y el granero están frente á frente y el horno separado de una y otro.

»Un porche que avanza, sostiene una especie de logia cubierta. En el suelo hay tirada un hacha, no lejos de un tronco, del cual sacan todos los días teas resinosas, con las cuales todavía se alumbran en el Alto Aragón. Desde el piso bajo, á la vez dormitorio y cuadra, una escalera oscura conduce á una especie de comedor, cuya mesa, muy cómoda, tiene dos tableros laterales que se doblan hacia abajo cuando conviene; este cuarto tiene un balcón.

»La cocina, con su campana ahumada, se encuentra detrás del comedor; después hay una alcoba y luego otra, la cual está al fin de la crujía, y es indudablemente la mejor, la más amplia y más importante, puesto que tiene casi todos los muebles de la casa. Sobre tres camas, colocadas una á continuación de otra, hay objetos, mantas y ropa blanca. Un tablero de pan se apoya en las vigas del techo; cofres y otros objetos diferentes se muestran en desorden; yo he dormido en la extremidad de este cuarto cerca de un armario de comedor apollado, en uno de cuyos cajones se veían varios libros sucios y cubiertos de polvo, libros de oraciones en su mayor parte.

»Las dos ventanas, más bien respiraderos, no tienen cristales, y en cuanto se cierran las hojas de madera, queda la habitación en la más completa oscuridad. En Escoain, el Domingo de Ramos, cuelgan ramas de abeto en lugar del boj, considerado como planta vulgar, en las ventanas de los edificios.

»Don Jacinto, al cual citan los primeros visitantes de la garganta, murió hace ya muchos años. Su viuda y sus hijos continúan habitando la casa antigua. No se encuentra entre estas buenas gentes el confort de nuestros grandes hoteles; por otra parte, las comodidades pugnarían con lo agreste del lugar. En ciertas condiciones, el color local, aun exagerado, no sienta mal. Escoain exige que se viva por algún tiempo á la española. Durante nuestra visita, nos dieron de comer á mis acompañantes y á mí sopa con manteca, tocino, pies de cerdo y de carnero ahumados, excelentes lentejas, producto del país, tortilla de huevos y hasta pollos en pepitoria.»

En BIELSA, villa sita á la misma altitud, aunque más al Este, es interesantísima la Casa Consistorial, sobre soportales (forma muy común de fábrica en estas construcciones)—cinco arcos semicirculares y columnas macizas—. En la fachada, gran ventana central, muy exornada, con busto y follaje. Es de gusto renaciente (siglo xv-xvi), no recargado, antes bien severo. En un ángulo, un tambor sobre soportes ó ménsulas para llamar á concejo. Es conjunto característico y *muy aragonés* por la sobriedad (1).

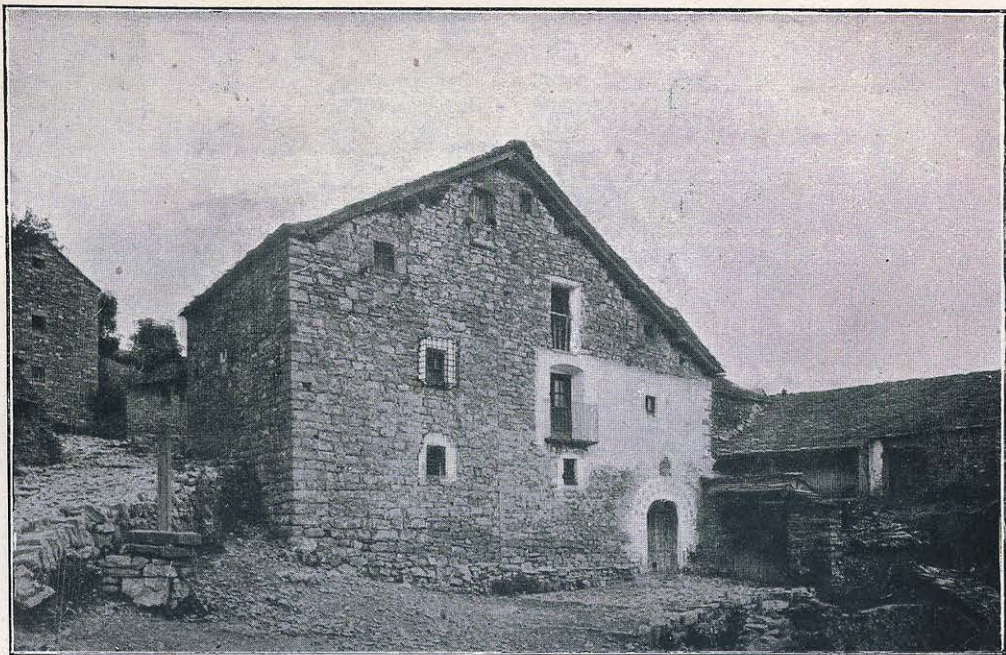
Hay varias casas solariegas con puertas de grandes dovelas, y otras ornamentadas, propias del siglo xvi. Son típicas, las más de doble galería, ó mejor balcón corrido, el primero protegido por un tejadillo ó *rafe*. Cubierta á dos vertientes.

Altas montañas cierran por detrás el valle, dejando sólo paso para Francia. Bajando por el pintoresco y abrupto desfiladero de *las Devotas*, se llega á AINSA, antigua cabeza de la comarca de Sobrarbe.

Sin disputa, es AINSA uno de los lugares medievales más típicos y emotivos de España. Allí el pasado manda, con fuerza singular.

(1) La disposición general en la Edad Media de una Casa Consistorial, edificada casi siempre en la plaza mayor, era: en la planta baja pórticos, donde muchas veces se contrataba; en la alta, la sala de reuniones, el archivo y otras dependencias. Era muy característico en ellas una torrecilla-campanario desde donde se llamaba á Concejo y se tocaba *apellido*, *rebato* ó *somaten*. Casas Consistoriales con pórticos, las vemos en el Alto Aragón, en Bielsa, Graus y Monzón, todas del Renacimiento. La de Huesca no los tiene, es todavía más austera; pero en cambio tiene dos torres de flanco que le prestan aspecto feudal, una de ellas con campana. En Bielsa la torre está suplida por la citada garita ó tambor. En el Norte de España hay buenas Casas Consistoriales.





ALTO ARAGÓN

CASA EN FANLO



ALTO ARAGÓN

CASA DE TORLA

FOTS. INSTITUT D'ESTUDIS  
CATALANS.—MÁS.







CASA EN BIELSA

ALTO ARAGÓN

FOT. INSTITUT D'ESTUDIS  
CATALANS.—MAS.





«Pocos pueblos—dice un escritor (1)—quedan que como éste atraigan é inviten á la meditación de cosas pretéritas. En él puede verse, aunque sea con los ojos del espíritu, toda una civilización que dejó huellas imborrables en esta región. De toda ella será Ainsa con sus edificios añosos, con su incomparable templo, con su castillo y sus murallas en ruínas, la que nos muestre como en un museo los hechos pasados. Sus piedras, que sagradas deben ser para todo aragonés, revestidas están de cierto color rojizo bronceo, que el tiempo ha extendido como bella pátina, para darle más severidad, para unir con el color del bronce el de la piedra, como monumento natural que recordara otras grandezas.

»Ainsa es para mí el Toledo aragonés, es algo así como aquella joya de los Países Bajos llamada Arrás, donde admiraba un tanto nostálgico y á la vez con orgullo las huellas de otras costumbres llevadas allá lejos por españoles.

»En esta comarca de abruptas montañas, de edificios sencillos, Ainsa, con alguna que otra casa de ajimeces esbeltos, da la nota clásica y á la vez original, al ser rodeada de casucas donde hanse perpetrado atentados de lesa arte. Celosías primorosas, que hábiles manos hicieran; filigranas esculpidas en piedra, en que el descuido de los hombres hizo más daño que el tiempo, que todo lo altera.

»Esta nota de poesía del arte musulmán, es comparable solo con aquella nota también poética que da la villa de Hildesheim, con su arte gótico enmedio de la Prusia severa y prosáica. Afiligranada y bella ciudad alemana que como Ainsa hace sentir al espíritu, transportándolo á otras civilizaciones.

»La ciudad medieval se presenta al alcance de nuestra vista. Asentada sobre empinada colina cortada á pico, las aguas que desde los valles de Ordesa, Broto y Boltaña forman el río Ara besan los pies á tan invicta villa al rendirse al mayestático Cinca. Sus murallas almenadas y con troneras extiéndense alrededor del laberíntico poblado, que parece aprisionado por éstas, cual tentáculos de un monstruo, cuya cabeza fuera el castillo.»

En Ainsa no queda nada moruno, propiamente dicho, aunque el perímetro, la situación de las calles y el medio de defensa, conservan fielmente la tradición árabe. La plaza tiene su caserío sobre soportales ojivos, muy curiosos, y según Mr. Lusien Briet, es igual á la de algunos pueblos argelinos. Acaso los subterráneos ó galerías, de que se halla cruzada toda la villa, comunicándose entre sí y con el castillo, y con salidas al exterior, si sean vestigio de la dominación musulmana.

De Ainsa, dice Briet (2):

«Inmediatamente se evoca el recuerdo de un pueblo argelino, tan diferente en el espectáculo de cuantos se han contemplado al bajar la cuenca del Ara. Parece que se ha dado un salto á través del Mediterráneo. Así es, tal como debió existir en la época de Garci-Jiménez, la Plaza Mayor de Ainsa; invariable ha permanecido durante muchos siglos, y su exotismo moruno sería completo si cuando el sol brilla en el cénit se vieran en ella camellos echados en el suelo y hombres cubiertos con jaiques, trabajando ó disputando. La plaza forma un soberbio rectángulo abierto por uno de sus lados, y según López Novoa, mide 180 metros de largo por 97 de ancho. El fondo lo ocupa un edificio, la Casa Consistorial, horadada por un arco que conduce á la calle Mayor. Por la desembocadura de un callejón se ve un campanario algo alejado, al que da luz un ventanal que debieron adornar columnas hoy destruidas, y enmedio del cual aparece la campana: esta torre, perfectamente cuadrangular, carece de techo y de aguja, y tiene el aspecto de un minarete, á despecho de la cruz colocada sobre la cúpula rebajada que sobresale del límite de su azotea.

»Dos filas de casas con soportales se alinean á derecha é izquierda de la plaza de Ainsa. Las ventanas, todas semejantes, tanto por su forma como por su balco-

(1) Tomás Royo Barandiarán. — En su preciosa narración *La misa del diablo* (inserta en el volumen titulado *A granel*) da Víctor Balaguer cuatro pinceladas descriptivas de Ainsa.

(2) Ob. cit., pág. 201.



naje, las prestan un aire uniforme: también las salidas de los aleros guardan uniformidad. En cuanto á los arcos, toscos y pesados, semejantes á los que se ven en algunas ciudades de las orillas del Garona, en Agen por ejemplo, no son iguales entre sí, ni por sus dimensiones ni por su estilo, y al lado de una bóveda (1) se encuentra una ojiva más ó menos acentuada.»

Estos porches ó soportales son de legítimo abolengo románico; pues en esta época, según nos manifiestan los documentos, no era raro que las estrechas calles estuvieran ocupadas por porches ó arcadas, y otras casi cubiertas por los pisos volados de las casas ó por las amplias barbacanas de los tejados. Hasta un tercio de la calle era permitido adelantar el vuelo de los tejados (2). Las casas se apretujaban en el recinto murado. La amplitud del solar de las casas en estas poblaciones dependía de circunstancias especiales, ya de la concesión feudal del terreno, ya de los materiales de construcción. Era frecuente la anchura de unos cinco metros.

Esta plaza de Ainsa debió de ser el mercado y el centro único de la vida local.

Plazas con arcadas, típicas como ésta, las vemos en el Alto Aragón, en Graus, Barbastro y Alquézar, todavía de marcado sabor medieval.

De Ainsa ha desaparecido hace poco, para dar lugar á una construcción moderna, una interesante casa románico-gótica, de considerables proporciones, con porches y grandes ventanales, que el vulgo decía ser—sin fundamento—palacio de los régulos moros de Ainsa. Uno de los ventanales era puramente románico.

El privilegio de población de la villa de Ainsa está dado por Alfonso I de Aragón en el año 1124 (3). En 1212 y 1214 el Rey concedió á los vecinos de Ainsa los mismos derechos que á los de Jaca. De esta transición, siglo xii-xiii (hay alguna del xii), son las más arcaicas casas—ó restos de casas—que en Ainsa se conservan, con arcadas románicas y ventanas de la misma época, con mainel, muy bellas. Se conservan algunos muy curiosos ejemplares, aunque había muchas más, pero las han tapiado ó destruido.

Ainsa fué ciudad medieval importante. Gozó de grandes franquicias (Jaime I, 1271 y 1274; Alfonso IV, 1328; Pedro IV, 1336, etc.). El Rey D. Jaime I, año 1254, unió Boltaña (hoy cabeza del partido) á Ainsa, como barrio de ésta, pagando 800 sueldos anuales. Este privilegio lo confirmó Pedro IV en 1340, concediendo, además, franquicia de pecha, cena, asistencia á ejército y alojamiento, en 1381. Había *Sobrejuntero* de Sobrarbe (ministro de justicia, para perseguir malhechores), que residía en Ainsa.

No es raro, pues, que Ainsa sea hoy, á vueltas de tal cual sacrilegio artístico, una preciosa, típica y rara ciudad medieval, desde fin del siglo xii.

Además de su notabilísima iglesia románica (siglo xii, y adiciones posteriores en el claustro), con cripta y una estupenda torre con ventanales, son muy típicas y evocadoras las antiguas puertas de entrada á la villa. (Únicas que se utilizan), abiertas en la muralla, entre grandes torreones de planta cuadrada, hoy convertidos en viviendas. La villa continúa amurallada. En otro tiempo sería, en verdad, inaccesible.

Bajo tierra, además de las citadas galerías, hay silos y depósitos de provisiones, muy capaces. El castillo—muy ruinoso—está al lado de la villa, y entrambas murallas se unen. Es de plena edad media, con adiciones y modificaciones modernas.

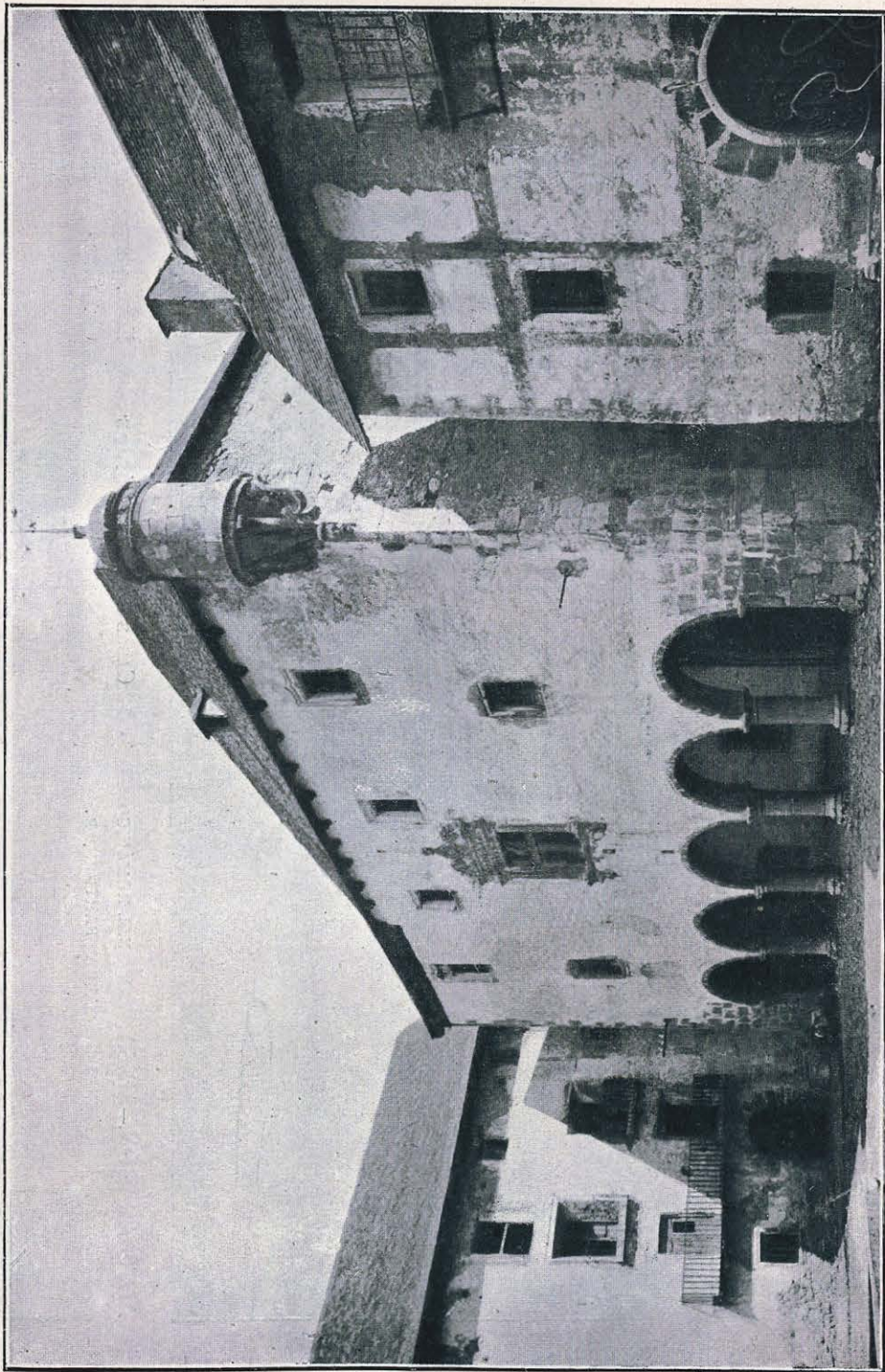
Subsiste la portada románica, con *crismon*, y otros restos de una iglesia antigua llamada de San Salvador, propia del siglo xi, de la que procederán algunos capiteles postizos que se ven en la iglesia parroquial.

(1) El original francés quería decir un *medio punto*.—(N. del A.)

(2) Puig: Est. cit., pág. 1.052.

(3) Estando el monarca en el castillo de Calasanz. Concede á los nuevos pobladores de Ainsa el fuero de Jaca y los términos de la villa y el derecho de pacer y leñar. Les declara, además, francos de lezda. Confirmaron esta carta-puebla, signándola, Ramiro II, el Príncipe de Aragón Ramón Berenguer y Alfonso II. La he publicado en el *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, número de Enero-Marzo de 1914. Doy allí estos privilegios reales concedidos á Ainsa.





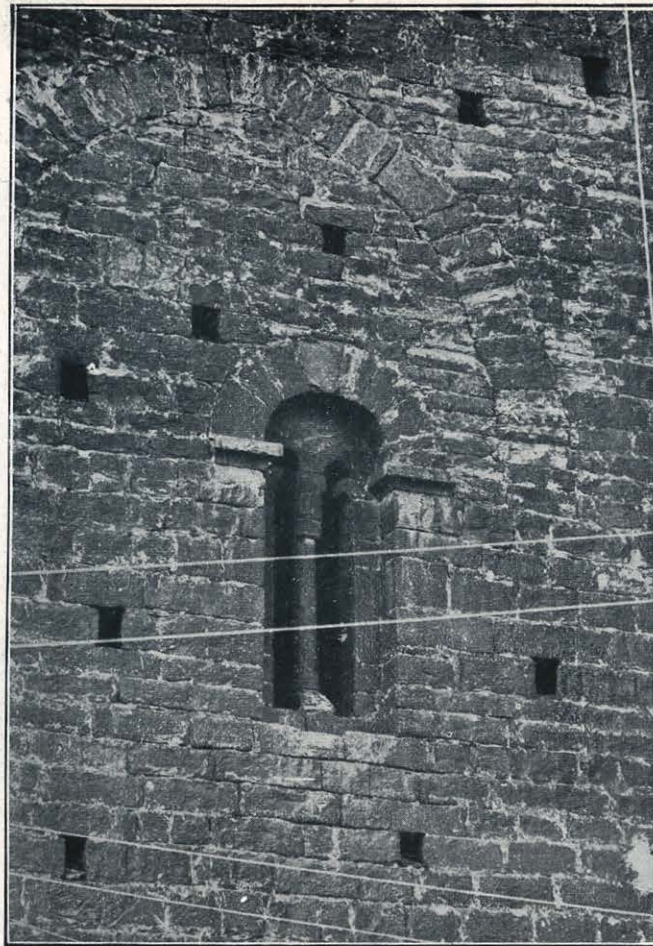
ALTO ARAGÓN



BIELSA.—Casa Con-  
sistorial.

FOT. INSTITUT D'ESTUDIS  
CATALANS.—MAS.





ALTO ARAGÓN.—AINSA. VENTANAL ROMÁNICO  
EN UNA CASA PARTICULAR.

CASAS ROMÁNICO-GÓTICAS

FOTS. INSTITUT D'ESTUDIS  
CATALANS.—MÁS.





Por si todo esto fuera poco, hay en Ainsa retablos góticos, alhajas, ornamentos sagrados, etc., de gran interés para el arqueólogo.

Lo mejor de la villa es las puertas de entrada, la Plaza Mayor y las ventanas ajimezadas; esto es, lo más curioso y representativo. Véanse las fotografías que acompaño. En ellas puede observarse los elementos románicos de las fachadas (ventanales principalmente) al lado de huecos de luces abiertos posteriormente; y un muy arcaico ventanal con parteluz (seguramente el más antiguo de Ainsa), colocado en el vano tapiado de un arco ojival.

Estas ventanas son airoas y de considerable altura: bellos ejemplares. En Ainsa, pues, tenemos modelos de casa medieval románico-ogival y de plena época. Algunos exteriores han sido profanados, y los interiores no conservan la distribución primitiva; aunque las habitaciones continúan siendo angostas las más, con un leve patio. En algunas casas se conserva la trampa, que permitía, mediante una escalera practicada en la roca, bajar á los subterráneos.

Ainsa ocupa un lugar muy estratégico, y las luchas, las rivalidades y los bandos se sucedieron en aquella comarca hasta tiempos modernos. Ello, sin duda, ha contribuido á que hoy podamos admirar una bellísima población medieval fortificada, mucho menos desfigurada que otras españolas que llevan fama porque son más conocidas. Ainsa puede decirse que—por vergüenza—permanece virgen á los ojos de los turistas.

En PLAN, la casa de Turmo ostenta en la fachada una ventana exornada de figuras humanas, ramos y cruces. La casa de Ballarín tiene el portal de 3 metros de altura por 1,90 de luz, todo de piedra, historiado prolijamente al estilo del Renacimiento, con figuras humanas, caballos, cornucopias, etc. En el próximo lugar de Señés hay otra portada como ésta.

En punto á lo pintoresco, es el valle de BENASQUE el más interesante de la provincia por muchos conceptos, dice Mallada (1): «A él se avecinan la línea férrea de la red francesa más próxima á Aragón y el establecimiento balneario más importante de los Pirineos; en él se extienden, como dos alas gigantescas, los dos grupos de montañas más altos y grandiosos de la cordillera; es también el valle más extenso, tal vez el más rico, incuestionablemente el más variado y pintoresco, el más poblado, el que resume los principales rasgos orográficos de la cordillera, y donde se hallan representadas casi todas las formaciones geognósticas de esta parte de la península.»

En este valle hay pueblos y caseríos muy típicos, antiguos é interesantes, de una rudeza constructiva notable. El arte románico es aquí la quinta esencia de la austeridad. Citaré como ejemplo las dos iglesuelas de Villanova, de piedras menudas, negruzcas, sin pulir y sin aparejo, con bóveda de medio cañón, ábside circular con saeteras y portada de medio punto con *crismon*. En la imposibilidad de detallar pueblos, por no alargar la materia, me circunscribiré á la cabeza del valle, á Benasque, villa que parece acogerse al abrigo de los altos montes, á orillas del caudaloso Esera. Por allí el valle parece cerrado; sin embargo, se explana más arriba hasta llegar á los mismos Pirineos.

(Continuará.)

RICARDO DEL ARCO.

(1) Ob. cit., pág. 76.

